

y contratacion, y que para proveerse de lo necesario acuden á él de todas las ciudades que están la tierra arriba, en cuyas minas se halla tanta abundancia de oro y plata como de aquella provincia se trae; y tambien por estar en medio de la tierra, y haber su majestad mandado por esta razon que resida allí la audiencia real, á cuya causa acuden todos los vecinos de la tierra á pedir allí justicia; y es de creer que cada día se irá aumentando mas en vecindad. Terná agora quinientas casas, aunque toma muy mayor sitio que una ciudad de España que tenga mil y quinientas, así por ser las calles muy anchas y la plaza, como porque cada casa ocupa un solar de ochenta piés de delantera, y doblado el largo. Los edificios no se pueden hacer de mas de un suelo, porque no hay madera en la tierra que sufra hollar-se, y á tres años se come de carcoma; y con todo esto, las casas son muy suntuosas y de grande autoridad y muchos aposentos; los cuales edifican haciendo las paredes de los cuartos de adobes, con cinco piés de ancho, y en medio lo hinchen de tierra todo lo necesario para subir el aposento, hasta que las ventanas que salen á la calle queden bien altas del suelo. Las escaleras están descubiertas en los patios, y van á dar en unos terrados que sirven de corredor ó antecuarto para entrar desde allí á los aposentos. Las techumbres se hacen y cubren con unos tirantes toseos, y encima dellos se pone un cielo de unas esteras pintadas como las de Almería, que cubren tambien las mismas tirantes, ó de unos lienzos pintados; y encima de todos se hacen ramadas, y así quedan los aposentos muy altos y frescos y defendidos del sol, porque del agua no hay necesidad defenderlos, pues, como está dicho, nunca llueve. Ciento y treinta leguas desta ciudad, la costa arriba, está otra villa que se intitula la villa hermosa de Arequipa, que será pueblo de hasta trecientas casas, muy sano, y abundante de todo género de comida. Está doce leguas de la mar, de cuya causa se espera que se poblará mucho, porque suben á él los navíos con ropa y vino y otros mantenimientos, de donde se provee la ciudad del Cuzco y la provincia de los Charcas, adonde acude la mayor parte de la gente de la tierra por causa de la contratacion de las minas de Potosí y Porco; y tambien se trae dellas á esta villa gran abundancia de plata para embarcar en los mismos navíos, y llevarlo por mar á la ciudad de los Reyes ó á Panamá, con que se excusa llevallo por tierra, con gran peligro y riesgo y trabajo, después que, en ejecucion de la ordenanza real, nose cargan los indios. Desde esta ciudad pueden ir por tierra junto á la costa de la mar, por espacio de cuatrocientas leguas, á la provincia que descubrió y pobló el gobernador Pedro de Valdivia, que se llama Chili, que en lengua de indios quiere decir frio, por causa de los grandes frios que para llegar á ellos se pasan, como la historia lo declarará adelante, cuando tratare de la jornada que hizo el adelantado don Diego de Almagro. Este es el sitio y poblacion de la parte del Perú en los llanos dél; con que se debe presuponer que la mar es tan bonanza y limpia en toda aquella costa, por tanto espacio de tierra como hemos dicho, que jamás hay tormenta ni maleza ni bajo, ni otro impedimento para que las naos no puedan surgir seguramente con sola una áncora en toda la costa.

CAPITULO VIII.

De la calidad de la sierra del Perú, y de la poblacion della de indios y cristianos.

Los indios que habitan en la sierra son muy diferentes de los de los llanos en fuerzas y esfuerzo y razon, y viven mas políticamente, en casas cubiertas de tierra, y visten camisas y mantas de lana de las ovejas que allí se crian; andan en cabello con unas vendas atadas á las cabezas; las mujeres visten unos hábitos sin mangas, muy sajudas con unas cintas de lana por todo el cuerpo, con que se hacen los talles largos; traen cobijadas unas mantellinas de lana prendidas al cuello con unos grandes alfileres de oro ó plata, como cada una alcanza, los cuales, en su lengua se llaman topos, que tienen las cabezas grandes y llanas, y tan agudas, que les sirven de cuchillos. Ayudan mucho á sus maridos en las labores y trabajos del campo y en los caseros, y aun casi lo trabajan ellas todo. Son comunmente blancas y de muy buenos gestos y faciones, mucho mas que las de los llanos. Y asimesmo la tierra es muy diferente de los llanos, porque toda está cubierta de yerba, y con gran abundancia de arroyos y aguas muy frias; de las cuales, juntándose, se hacen los rios que van por los llanos. Hay muchas flores por los campos, y verduras como las de Castilla. Hay por todas partes berros y mastuerzo y almirones y verberna y zarzamoras y hacederas, y hay otras yerbas que echan unas flores amarillas, y las hojas como apio, que en poniéndola en cualquier llaga, aunque esté corrompida, luego la limpia, y si la ponen sobre la carne sana, la come asta el hueso. Hay muchos géneros de árboles de la tierra, con gran diversidad de frutas, tan sabrosas como las de Castilla. Hay alisos y nogales silvestres. Tienen los indios muchas ovejas silvestres y otras domésticas. Hay venados y corzos, y otros géneros de animales menores, y abundancia de raposos. De todos estos animales hacen los indios una caza de gran regocijo, que ellos llaman chaco, desta manera: que se juntan cuatro ó cinco mil indios, mas ó menos, como lo sufre la poblacion de la tierra, y pónense apartados uno de otro en corro; tanto, que ocupan dos ó tres leguas de tierra; y después se van juntando paso á paso al son de ciertos cantares que ellos saben para aquel propósito, y vienense á juntar hasta trabarse de las manos, y aun hasta cruzar los brazos unos con otros, y así vienense á juntar gran número de caza, como en corral, de todos géneros de animales, y allí toman y matan lo que les parece; y son tan grandes las voces que dan, que, no solamente espantan los animales, mas hacen caer entre ellos aturdidas muchas perdices y neblis y otras aves, que, embarazadas con la mucha gente y grandes gritos, se dejan tomar á manos, y algunas dellas con redes. Hay por los montes leones y osos negros y gatos, y monos de diversas maneras, y otros muchos géneros de salvajinas, y las aves que hay en los llanos y en la sierra son águilas y palomas, tórtolas, pitos, codornices, papagayos, alcaudones, mochuelos, patos y gallaretas, garzas blancas y pardas, ruiseñores, y otras diversidades de hermosas aves; y entre ellas hay unas tan pequeñas, que un cigarron es mayor, y tienen unas plumas

largas como un tornasol verde. Hay por las costas tan grandes buitres, que, tendidas las alas, tienen quince ó diez y seis palmos de punta á punta; estos se mantienen de lobos marinos, y cuando los ven en tierra, uno dellos hace presa en los piés ó cola, y otro le saca los ojos, y así otros le pican hasta matarle y cebarse en él. Hay otras aves, que llaman alcatraces, que son de hechura de gallinas, aunque muy mayores, porque les puede caber en el papo tres celemines de trigo, y son tan generales en toda la costa de la mar del Sur, que por espacio de mas de dos mil leguas nunca faltan; mántiense de marisco, y cuando sienten hombre muerto entran á buscarle la tierra adentro treinta y cuarenta leguas. Es la carne dellas tan hedionda y mala, que algunos que con necesidad la han comido mueren como con ponzoña. Ya está dicho que en toda esta sierra llueve y graniza y nieva y hace gran frio, aunque hay en ella valles tan hondos, que no se sienten por la mucha calor; y allí se puede criar una yerba, que los indios tienen en mas que oro ni plata, llamada coca, cuya hoja es casi de hechura de la del zumaque; y tiénese experiencia que el que trae esta hoja en la boca no ha sed ni hambre. En algunas partes desta sierra no hay ningunos árboles, y los que caminan por ellas hacen lumbreras de unos céspedes que por allí se crian. Hay veneros de tierra de diversas colores, y venas de oro y plata, las cuales los indios conocen y fundian muy mejor y con menos trabajo y costa que los cristianos; porque en las sierras mas altas hacian unos hornillos con las puertas hácia el mediodía, de donde hemos dicho que siempre sopla el viento, y allí echan el metal con estiércol de ovejas; y encendiendo el viento el carbon, se derrite y cendra la plata y oro; y aun agora se ha visto en la gran abundancia de plata que se saca en las minas de Potosí que no se puede fundir con fuelles, sino que los indios lo funden en estos hornillos, que ellos llaman guairas, que quiere decir viento, porque se enciende con él. Es tan abundante y fértil esta tierra de cualquier cosa que en ella se siembra, que de una hanega de trigo salen ciento y cinquenta, y á veces docientas, y lo ordinario es ciento, con no haber arados con que labrar la tierra, sino unas palas agudas con que los indios la revuelven; y siembran los granos de trigo haciendo un agujero con un palo y metiéndolos allí, como hacen en España cuando siembran habas. Danse las verduras y legumbres en tanta abundancia, que se vió en la ciudad de Trujillo nacer rábanos tan gruesos como un hombre, muy tiernos y macizos y que las hojas ocupaban dos pasos al derredor, y lo mesmo las lechugas y coles y otras hortalizas que se sembraron de la simiente que se llevó de Castilla; pero la que nació después en la tierra no creció tanto. Las viandas que en aquella tierra comen los indios son maíz cocido y tostado en lugar de pan, y carne de venados cecina, á manera de moxama, y pescado seco, y unas raíces de diversos géneros, que ellos llaman yuca, y ajís y zamotes y papas, y otras de otras maneras, y altramuces, y otras legumbres. Beben un brebaje en lugar de vino, que hacen echando maíz con agua en unas tinajas que guardan debajo de

tierra, y allí hierva; y demás del maíz crudo, le echan en cada tinaja cierta cantidad de maíz mascado, para la cual hay hombres y mujeres que se alquilan, y sirven como levadura. Tiénese por mejor y mas recio lo que se hace con agua embalsada que con la que corre. Este brebaje se llama comunmente chicha en lenguaje de las islas, porque en lengua del Perú se llama azúa: es blanco ó tinto, como la color del maíz le echan, y emborracha mas fácilmente que vino de Castilla, aunque si los indios lo pudiesen haber, segun son aficionados á ello, dejarían lo de su tierra. Tambien hacen otra bebida de una frutilla que nasce en unos árboles, que llaman molles, aunque no es tan preciosa como la chicha.

CAPITULO IX.

De las ciudades de cristianos que hay en la sierra del Perú.

En la sierra del Perú hay algunas poblaciones de cristianos, que comienzan desde la ciudad de Quito, la cual está en cuatro grados, poco mas ó menos, allende de la línea Equinocial. Solia ser lugar muy apacible y abundante de pan y ganados, y mucho mas por los años de 44 y 45, que se descubrieron muy ricas minas de oro, y iba poblándose y acrescentándose el lugar de mucha gente, hasta que la furia de la guerra acudió allí, que fué causa que muriesen casi todos los vecinos de aquella ciudad á manos de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, porque habian servido y favorecido al visorey Blasco Nuñez Vela el tiempo que allí residió, como adelante mas particularmente se dirá. Desde esta ciudad no hay poblacion de cristianos por la sierra hasta un descubrimiento de la provincia de los Bracamoros, que el capitán Juan Porcel por una parte y el capitán Vergara por la otra descubrieron, y hicieron en ellas unas pequeñas poblaciones para desde allí entrar á descubrir mas adelante, conquistando y descubriendo la tierra, y aun estas poblaciones se deshicieron, porque Gonzalo Pizarro trajo consigo estos capitanes con su gente, para ayudarse dellos en sus guerras; y este descubrimiento se hizo por órden del licenciado Vaca de Castro, siendo gobernador de aquella provincia; que por la parte de San Miguel envió al capitán Porcel, y mucho mas arriba, por la provincia de los Chachapoyas, envió á Vergara, creyendo que iban por diversas entradas, caso que ellos después se toparon, y aun tuvieron diferencia sobre á quién pertenecia; y viniendo llamados por Vaca de Castro para dar entre ellos asiento, se hallaron al principio de la guerra en la ciudad de los Reyes, en servicio del Visorey; y después de él preso, se quedaron con Gonzalo Pizarro, y cesó el negocio de la entrada. Está este descubrimiento á ciento y sesenta leguas de la ciudad de Quito, por la sierra. Mas adelante otras ochenta leguas hay una provincia que se dice de los Chachapoyas, donde hay una poblacion de cristianos que se intitula Levanto, tierra fértil de comida y de razonables minas; es la provincia muy fuerte y segura, porque está cercada casi por todas partes de un muy hondo valle, por el cual va un rio que le cerca por la mayor parte, que cortando las puentes dél habria mucha dificultad de conquistarla; esta provincia pobló de cristianos el mariscal Alonso

de Albarado, á quien estaba encomendada. Mas adelante por espacio de sesenta leguas hay otra poblacion de cristianos que se llama Guanuco, hecha por mandado del licenciado Vaca de Castro, que la llamó Leon, por ser natural de la ciudad de Leon, en España. Es tierra de mucha comida, y créese que hay en ella abundancia de minas, especialmente hácia la parte que tiene ocupada el Inga, que está alzado y de guerra en la provincia de los Andes, como adelante se declarará; y desde esta ciudad no hay en la sierra lugar de cristianos hasta la villa de Guamanga, que por los cristianos se nombra San Juan de la Vitoria, que hay distancia de sesenta leguas; esta villa es de poca poblacion de cristianos, aunque se cree que se acrescentaria mucho si el inga viniese de paz, porque está muy cerca della, y les tiene ocupada á los vecinos la mejor tierra, donde hay muchas minas y abundancia de coca, que es una yerba de mucho provecho, como arriba está dicho. Desta villa de Guamanga al Cuzco hay distancia de ochenta leguas, en las cuales hay grande aspereza de caminos, por las muchas sierras y quebradas, que son causa de grandes peligros. La ciudad del Cuzco antes de los cristianos era el asiento y corte de los reyes de aquella provincia, y desde ella se gobernaba tanta distancia de tierra como está declarado y se declarará. Y allí acudían los caciques de todas partes, así á traer los tributos del señor como á tratar sus negocios y á pedir su justicia unos contra otros; y en toda la provincia no habia otro lugar poblado de indios ni que tuviese forma de ciudad, sino esta, donde hay una muy buena fortaleza, labrada de piedras cuadradas tan grandes, que causa admiracion haberse podido traer allí á fuerza de indios, sin ayuda de bueyes ni mulas ni otros animales; porque hay muchas piedras que no las moverán diez pares de bueyes cada una dellas. Las casas y edificios en que hoy viven los cristianos son las mismas que los indios tenían, aunque algunas reparadas y otras acrescentadas; la ciudad se divide en cuatro estancias, en cada una de las cuales tenia mandado el Rey, que en lengua de los indios se llama inga, que viviesen y se aposentasen los indios de hácia la parte que correspondia á aquel cuartel desta manera que él que tira hácia el mediodía: se llama Collasuyo, por una provincia que está hácia aquella parte, llamada Collao; y el que está hácia la parte del norte, contrario de este, se llama Chinchasuyo, por causa de una provincia muy nombrada que cae en aquel derecho, llamada Chíncha, que agora es de su majestad, harto pobre y despoblada segun lo que solia; y así, desta manera se nombran los otros dos cuarteles de oriente y poniente, Andesuyo y Condesuyo; y ningun indio podia vivir en el aposento diferente del que estaba señalado á su tierra, sin gran pena. La tierra comarcana á esta ciudad es muy abundante de toda comida, y es tan sana, que en entrando en ella un hombre sin enfermedad, pocas ó ninguna vez adolesce. Está cercada de muchas y ricas minas de oro, en las cuales se ha sacado tanto como á España ha venido; aunque agora, después que se descubrieron las minas de Potosí, se han despoblado las del oro, así porque se halla muy mayor ganancia en la plata, como porque es con-

muy menor peligro de los indios y aun de los cristianos que tratan en ello. Desde esta ciudad del Cuzco á la villa de Plata, que es en la provincia de las Charcas, hay ciento y cinquenta leguas, y mas, y en medio hay una provincia muy grande y llana, que se llama el Collao, que dura mas de cinquenta leguas, y la principal parte, que se llama Chiquito, es de su majestad; y por haber tan gran distancia despoblada de cristianos, el licenciado de la Gasca el año de 49 mandó poblar un lugar en esta provincia del Callao, que se nombra Nuestra Señora de la Paz. La villa de Plata es lugar de mucho frio, mas que ninguna otra de la sierra; hay en ella pocos vecinos, pero muy ricos; y aun estos que hay, la mayor parte del año residen en el asiento de las minas que hay en el cerro de Porco, y después en el de Potosí, cuando se descubrió, como adelante se dirá. Desde esta villa de Plata, entrando la tierra adentro, la mano izquierda, hácia la parte del oriente, se descubrió por mandado del licenciado Vaca de Castro, que envió á ello al capitán Diego de Rójas y á Filipe Gutierrez, una provincia que se llama de Diego de Rójas, que dicen ser muy buena y sana tierra, y abundante de comida, aunque no se ha hallado en ella tanta riqueza como se tenia creído que hubiera; y por ella han venido al Perú el capitán Domingo de Icaña y sus compañeros en el año de 49, por manera que han andado toda la tierra que hay entre la mar del Sur y la del Norte, cuando subieron por el rio de la Plata, descubriendo la tierra por el mar del Norte. Este es el sitio de todo lo que está descubierta y poblado en toda la provincia del Perú, hácia la mar del Sur, imaginando la tierra por luengo de costa, sin haber entrado á descubrir la tierra adentro, porque hallan en ello gran dificultad, á causa de la aspereza de las sierras, que son tan dobladas, que no se pueden pasar sin gran dificultad y frios y falta de comida; y á todo esto venciera la industria y buen ánimo de los españoles, si no desconfiasen ser delante la tierra rica.

CAPITULO X.

Del origen de los reyes del Perú, que llaman ingas.

En todas las provincias del Perú habia señores principales, que llamaban en su lengua curacas, que es lo mismo que en las islas solian llamar caciques; porque los españoles que fueron á conquistar el Perú, como en todas las palabras y cosas generales y mas comunes iban amostrados de los nombres en que las llamaban de las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Tierra-Firme, donde habian vivido, y ellos no sabian los nombres en la lengua del Perú, nombrábanlas con los vocablos que de las tales cosas traian aprendidos, y esto se ha conservado de tal manera, que los mismos indios del Perú cuando hablan con los cristianos nombran estas cosas generales por los vocablos que han oido dellos, como al Cacique, que ellos llaman curaca, nunca le nombran sino cacicua, y aquel su pan de que está dicho, le llaman maíz, con nombrarse en su lengua zara, y al brebaje llaman chicha, y en su lengua azúa, y así de otras muchas cosas. Estos señores mantenian en paz sus indios, y eran sus capitanes en las guerras que tenían con sus comarca-

nos, sin tener señor general de toda la tierra, hasta que de la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay, llamada Titicaca, que tiene ochenta leguas de bojo, vino una gente muy belicosa, que llamaron ingas; los cuales andan trasquilados y las orejas horadadas, y metidos en los agujeros unos pedazos de oro redondo con que los van ensanchando. Estos tales se llaman ringrim, que quiere decir oreja. Y al principal dellos llamaron Zapalla inga, que es solo señor, aunque algunos quieren decir que le llamaron inga Viracocha, que es tanto como espuma ó grasa de la mar; porque, como no sabian el origen de la tierra donde vino, creian que se habia criado de aquella laguna, que desagua por un gran rio que corre hácia la parte del occidente, que tiene en parte media legua de ancho, el cual entra en otra pequeña laguna que está cuarenta leguas de la grande; así se consume sin que haya otro desagadero, con gran admiracion de los que consideran cómo en tan pequeño sumidero desaparece tan gran cantidad de agua; aunque en esta pequeña nunca se halló suelo, créese que va por debajo á la mar, como lo hace el rio Alfeo en Grecia. Estos ingas comenzaron á poblar la ciudad del Cuzco, y desde allí fueron sojuzgando toda la tierra y la hicieron tributaria; y de ahí adelante iba sucediendo en este señorío el que mas poder y fuerzas tenia, sin guardar orden legitima de sucesion, sino por via de tiranía y violencia; de manera que su derecho estaba en las armas. La insignia ó corona que estos ingas traian para mostrar su señorío era una borla de lana colorada que les tomaba desde una sien hasta la otra, y casi les cubria los ojos, y con un hilo de esta borla entregado á uno de aquellos orejones gobernaban la tierra y proveian lo que querian, con mayor obediencia que en ninguna provincia del mundo se ha visto tener á las provisiones de su rey; tanto, que acontecia enviar á asolar una provincia entera y matar cuantos hombres y mujeres en ella habia, por mano de uno solo destos orejones, sin que llevase otro poder de gente ni de comision mas de uno de aquellos hilos de la borla, y en viéndole, ofrescense todos de muy buena gana á la muerte. Por la sucesion destos ingas vino el señorío á uno dellos que se llamó Guaynacaba (que quiere decir mancebo rico), que fué el que mas tierras ganó y acrescentó á su señorío, y el que mas justicia y razon tuvo en la tierra, y la redujo á policia y cultura; tanto, que parecia cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y orden, y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú (tan señalados, que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras mas señaladas del mundo se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como estas. Cuando este Guaynacaba fué desde la ciudad del Cuzco con su ejército á conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra, tuvo grande dificultad en el pasaje por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que habia en la sierra por do iba. Y así, pareciéndoles á los indios que era

justo hacerle camino nuevo por donde volviere vitorioso de la conquista, porque habia sujetado la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo é igualando las peñas donde era menester, y igualando y subiendo las quebradas de mamposteria; tanto, que algunas veces subian la labor desde quince y veinte estados de hondo; y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó, que podia ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterias destos pasos por detener á los que vienen por ellos, que no puedan pasar. Y verá la dificultad desta obra quien considerare el trabajo y costa que se ha empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el espinar de Segovia y Guadarrama, y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario, por donde tan continuamente los reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que van ó vienen del Andalucía ó del reino de Toledo á esta parte de los puertos. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacaba quiso volver á visitar la provincia de Quito, á que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otro camino de casi tanta dificultad como el de la sierra, porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los rios y arboledas, que, como arriba está dicho, comunmente ocupan una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta pies de ancho, con muy gruesas tapias del un cabo y del otro, y cuatro ó cinco tapias en alto, y en saliendo de los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino ni torcer á un cabo ni á otro; el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra; y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y de paz hacian con ellos lumbré, pero las paredes de los valles se están el día de hoy en las mas partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio; y así, fué por el uno y vino por el otro Guaynacaba, teniéndosele siempre por donde habia de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor.

CAPITULO XI.

De las cosas señaladas que Guaynacaba hizo en el Perú.

Demás de la obra y gasto destos caminos, mandó Guaynacaba que en el de la sierra, de jornada á jornada, se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese haber su persona y casa, con todo su ejército, y en el de los llanos otros semejantes, aunque no se podian hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino á la orilla de los rios, que, como tenemos dicho, están apartados ocho ó diez leguas, y en partes quince y veinte. Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios en cuya jurisdiccion caian, tenían hecha provision y depósito de todas las cosas que en él habia menester para proveimiento de su ejército, no solamente de mantenimiento, mas aun

de armas, vestidos y todas las otras cosas necesarias; tanto, que si en cada uno de estos tambos queria renovar de armas ó vestidos á veinte ó treinta mil hombres en su campo, lo podia hacer sin salir de casa. Traia consigo gran número de gente de guerra con picas y alabardas y porras y hachas de armas, de plata y cobre, y algunas de oro, y con hondas, tiraderas de palma, tostadas las puntas. En los rios tenian hechas puentes de madera donde alcanzaban, y donde no, echando maromas gruesas de una yerba que llaman maguey, que es mas recio que cáñamo, de un cabo á otro del rio, entretejiéndolas con unos tamujos, que es cosa de admiracion ver la orden con que hacen tan altos edificios, que en parte hay mas de quince estados de alto y mas de docientos pasos de largo; y donde no se podian hacer puentes pasaban poniendo una maroma larga de un cabo al otro, y tirando por ella una gran canasta con las asas de madera, porque no se rozase, tirando la tal canasta desde la otra parte con una soga. Y estas puentes sustentaban á su costa los indios en cuyos términos caian. El Rey andaba siempre en una litera de planchas de oro. Traia mas de mil señores principales para solo llevarlo en los hombros, y estos eran de su consejo y los mas privados. Tambien los caciques andaban en literas, que traian en los hombros sus vasallos. Tenian gran subjecion al señor; tanto, que ninguno, por principal que fuese, le entraba á hablar sino descalzo y llevando á cuestras una manta, envuelta en ella alguna cosa, que presentaba al señor en reconocimiento; lo cual se guardaba tan estrechamente, que si cien veces al dia le iban á hablar, tantas habia de ser con nuevo servicio. Tenian por muy gran desacato mirar al rostro del señor, y si cuando llevaban la litera alguno tropezaba de forma que cayese, le cortaban luego la cabeza. Tenian puestas postas por toda la tierra, de media á media legua, las cuales corrian los indios muy mas ligeramente que los caballos de las postas. En conquistando alguna provincia, la primera cosa que hacia era pasar todos los vasallos, ó los mas principales, á otra poblacion antigua, á poblar aquella tierra de los indios ya sujetos, y desta manera lo aseguraba todo. Y esta tal gente que remudaba de unas tierras en otras llamaban mitimaes. De todas las provincias de su señorío le traian cada año tributo de lo que en la tierra nascia; tanto, que en algunas tierras tan estériles, que no se criaba ningun fruto, le enviaban cada año ciertas cargas de lagartijas, con estar mas de trecientas leguas del Cuzco. Este Guaynacaba reedificó el templo del sol que en el Cuzco habia, y aforró las paredes y techumbre de tabloncillos de oro y plata que hizo. Y porque un señor que habia en los llanos, que se llamó Chimo-cappa, que tenia mas de cien leguas de tierra, se le rebeló, fué sobre él y le venció y mató y mandó, que, en pena del delito, ningun indio de los llanos trajese armas; lo cual guardan hasta el dia de hoy; caso que al sucesor deste rebelado le dejó en que viviese la provincia de Chimo, donde agora es Trujillo. Guaynacaba y su padre dieron orden para tener abundancia de ganados en su tierra, como de aquellas ovejas de la tierra se echasen en los campos cada año cierta

cantidad dedicadas al sol por via de diezmo; y de estas multiplicaban en gran número; porque, sino era el mismo Guaynacaba para su ejército, tenian por sacrilegio llegar ninguno á ellas, y cuando él las habia menester, con mandar hacer una caza de las que arriba tenemos dicho que llaman chacos, en un dia podia tomar veinte y treinta mil dellas. Tenian en gran estima el oro, porque dello hacia el Rey y los principales vasijas para su servicio y joyas para su atavío, y lo ofrecian en los templos. Y traia el Rey un tablon en que se sentaba, de oro de diez y seis quilates, que valió de buen oro mas de veinte y cinco mil ducados, que es el que don Francisco Pizarro escogió por su joya al tiempo de la conquista; porque, conforme á su capitulacion, le habian de dar una joya que él escogiese, fuera de la cuenta comun. Al tiempo que le nació el primer hijo mandó hacer Guaynacaba una maroma de oro tan gruesa (segun hay muchos indios vivos que lo dicen), que asidos á ella mas de seiscientos indios orejones, no la levantaban muy fácilmente. Y en memoria desta tan señalada joya llamaron al hijo Guascar (que en su lengua quiere decir soga), con el sobrenombre de inga, que era de todos los reyes, como los emperadores romanos se llamaban augustos. Esto se ha traído aquí por desarraigar una opinion que comunmente se ha tenido en Castilla entre la gente que no tiene plática en las cosas de las Indias, de que los indios no tenian en nada el oro ni conocian su valor. Tambien tenia muchos graneros y trojes hechos de oro y plata, y grandes figuras de hombres y mujeres y de ovejas y de todos los otros animales, y de todos los géneros de yerbas que nacen en aquella tierra, con sus espigas y bastigas y nudos hechos al natural, y gran suma de mantas y hondas entretejidas con oro tirado, y aun cierto número de leños, como los que habia de quemar, hechos de oro y plata.

CAPITULO XII.

Del estado en que estaban las guerras del Perú al tiempo que los españoles llegaron á ella.

Aunque el intento principal desta historia sea contar las cosas en ella sucedidas á los españoles que la conquistaron, entonces y después acá del descubrimiento; pero, porque esto no se podria bien entender sin tocar algo del estado en que los negocios de los indios que la gobernaban estaban en aquella sazón, y tambien para que se vea claramente cómo fué permission divina que los españoles llegasen á esta conquista al tiempo que la tierra estaba dividida en dos parcialidades, y que era imposible, ó á lo menos muy dificultoso, poderla ganar de otra manera, diré en suma los términos en que hallaron la tierra en aquella coyuntura, para que haya mas claridad en la historia.

Guaynacaba, después de haber sujetado á su imperio gran número de provincias por espacio de quinientas leguas, contando desde el Cuzco hácia el occidente, determinó ir en persona á conquistar la provincia de Quito, en cuyas entradas se acababa su señorío; y así, sacó su ejército y fué, y hizo la con-

quista, y por ser la calidad de la tierra muy apacible á su condicion, residió allí mucho tiempo, dejando en el Cuzco algunos hijos y hijas suyos, especialmente á su hijo mayor, llamado Guascar inga, y á Mango inga y Paulo inga, y otros muchos; y en Quito tomó nueva mujer, hija del señor de la tierra, y della hubo un hijo, que se llamó Atabaliba, á quien él quiso mucho; y dejándole debajo de tutores en Quito, tornó á visitar la tierra del Cuzco, y en esta vuelta le hicieron el camino tan trabajoso de la sierra, de que está hecha relacion; después de haber estado en el Cuzco algunos años, determinó volverse á Quito, así porque le era mas agradable aquella tierra como por el deseo de ver á Atabaliba, su hijo, á quien él queria mas que á los otros; y así, volvió á Quito por el camino que hemos dicho de los llanos, donde vivió y tuvo su asiento lo restante de la vida hasta que murió; y mandó que aquella provincia de Quito, que él habia conquistado, quedase para Atabaliba, pues habia sido de sus abuelos. Muerto Guaynacaba, Atabaliba se apoderó de su ejército y de las riquezas que consigo traia, aunque las principales, como mas pesadas, las habia dejado en su recámara en el Cuzco, en poder de su hijo mayor, al cual Atabaliba envió embajadores haciéndole saber la muerte de su padre, y dándole la obediencia, suplicándole que le dejase aquella provincia de Quito, pues su padre la habia ganado y era fuera de su estado y mayorazgo; y sobre todo, que habia sido de su madre y abuelo. Guascar le respondió que él se viniese al Cuzco y le entregase el ejército, y que él le daría tierra donde se mantuviese muy honradamente; pero que á Quito no se le podia dar por ser el fin de su reino, y que de allí habia de hacer sus entradas contra los enemigos y tener gente como en frontera; y que si no venia, que iria sobre él y ternia por enemigo. Atabaliba hubo su consejo con dos capitanes de su padre muy esforzados y cursados en la guerra, el uno llamado Quizquiz y el otro Cilicuchima; los cuales le aconsejaron que no esperase á que su hermano viniese sobre él, sino que él fuese primero, pues con el ejército que tenia era parte para enseñorearse de todas las provincias por do pasase, y ir cada dia acrecentándole; de manera que su hermano tuviese por bien de confederarse con él. Tomando su consejo, salió de Quito, y fué apoderando de la tierra poco á poco, y tambien Guascar envió un gobernador ó capitán suyo con cierta gente á la ligera; y llegando á gran priesa á una provincia que se dice Tumibamba, que es mas de cien leguas de Quito, y sabido cómo Atabaliba habia ya salido con su ejército, despachó una posta al Cuzco haciendo saber lo que pasaba á Guascar, para que le enviase dos mil hombres de los capitanes y gente práctica en la guerra, porque con ellos juntaria treinta mil hombres de una provincia que se llama los Cañares, gente muy belicosa, que estaba por él; y él lo hizo así; y despachados los dos mil hombres á gran priesa, se juntaron con ellos los caciques de Tumibamba, y los chaparras y paltas y cañares que estaban en aquella comarca. Y sabido por Atabaliba, salió contra ellos y pelearon tres

dias, muriendo mucha gente de ambas partes; hasta que, desbaratados los de Quito, Atabaliba fué preso sobre la puente del rio de Tumibamba. Y estando haciendo la gente de Guascar grandes fiestas y borracheras por la victoria, Atabaliba, con una barra de cobre que una mujer le dió, rompió una gruesa pared del tambo de Tumibamba, y se fué huyendo á Quito, que es veinte y cinco leguas de allí, y tornó á juntar su gente, y haciéndoles entender que su padre le habia convertido en culebra y héchole salir por un pequeño agujero, y le habia prometido la victoria si tornase á pelear, los animó tanto, que volvió sobre sus enemigos y peleó con ellos, y los venció y desbarató, habiendo muerto mucha gente de ambas partes en estas dos batallas; tanto, que hasta hoy duran los corrales y montones que allí están llenos de huesos de hombres. Continuando y siguiendo Atabaliba la victoria, determinó ir sobre su hermano, y llegando á la provincia de los Cañares, mató sesenta mil hombres dellos porque le habian sido contrarios, y metió á fuego y á sangre y asoló la poblacion de Tumibamba, situada en un llano ribera de tres grandes rios; la cual era muy grande; y de allí fué conquistando la tierra, y de los que se le defendian no dejaba hombre vivo, y á los que salian de paz los juntaba consigo, y desta manera iba multiplicando su ejército; y ido á Tumbes, quiso conquistar por mar la isla de la Puna, que arriba está dicha; mas el Cacique salió con muchas balsas y se le defendió; y porque á Atabaliba pareció que aquella conquista requeria mas espacio, y supo que su hermano Guascar venia sobre él con su ejército, continuó su camino hácia el Cuzco; y quedándose él en Caxamalca, envió delante sus dos capitanes, con hasta tres ó cuatro mil hombres, que fuesen á descubrir el campo á la ligera; y llegando cerca del ejército de Guascar, por no ser sentidos se desviaron del camino por un atajo, por el cual acaso se habia tambien apartado el mismo Guascar con sieteientos hombres de sus principales, por salir del ruido del ejército; y topándole, pelearon con él y le desbarataron la gente y le prendieron; y teniéndole preso, venia ya todo el ejército sobre ellos y los cercaron por todas partes, donde no dejaron ninguno vivo, porque habia mas de treinta para uno, si los capitanes de Atabaliba no dijieran á Guascar, viendo venir su gente, que los mandase volver; si no, que luego le cortarian la cabeza. Y Guascar, con temor de la muerte, y con lo que le dijeron, que su hermano no queria dél otra cosa sino que le dejase en la tierra de Quito, reconociéndole por señor, mandó á su gente que no pasase de allí, sino que luego se volviese al Cuzco, y ellos lo hicieron. Y sabida tan buena ventura como acaso sucedió por Atabaliba, envió á mandar á sus capitanes que le trajesen á su hermano preso allí á Caxamalca, donde les esperaba. Y en esta coyuntura llegó el gobernador don Francisco Pizarro con los españoles que llevaba á la tierra del Perú, y tuvo lugar de hacer la conquista que en el libro siguiente se dirá; porque el ejército de Guascar era desbaratado y huido, y el de Atabaliba estaba la mayor parte despedido por la nueva victoria.